

Tu bovarismo y el mío, imaginan lo leído.

La imaginación es la única arma en la guerra contra la realidad. Jules de Gaultier

LO ESENCIAL

Un viejo árabe, de apariencia miserable, caminaba mendigando por las calles de una ciudad. Nadie le prestaba la más mínima atención. Un paseante le dijo con verdadero desprecio:

-Pero ¿qué haces aquí? Ya ves que nadie repara en ti.

El hombre pobre, mira tranquilo al paseante y le contestó:

-¿Y a mí qué? Yo sí reparo en mí y eso me basta. Lo contrario sí que sería horrible, que todos repararan en mí y que yo me ignorase.

(El círculo de los mentirosos, Jean-Claude Carrière)

Estoy en la calle, la puerta se ha cerrado perfectamente, y ahora tú, que me has admirado, sin tener en cuenta mi destino, sin ver el círculo de fuego rodeando mi corazón encendido con fósforo, oprime estos mis dedos, que te abren, con mis sueños escritos y con esos otros, que he de leer.

Como lector desarrollas una esquizofrenia difícil de reconducir, cuando sin acabar el libro, lo cierras, al finalizar un capítulo, y vuelves a mirar de frente, a la obligación de actuar, a veces de manera opuesta a aquello que aceptas en un personaje de ficción, aún cuando las tramas se asemejen.

¡No soportamos más el realismo que nos desgasta cada día!

Me confundo, no sé si leo o vivo, o vivo lo que leo, o puedo hacerlo, vivir lo leído, o que los guiones y novelas, se puedan llevar a la vida.

Ruan no es nada, desde que deje aquel sedentarismo rural, al lado de mi padre para conformarme con una ilusión, nadie ha sabido ocuparse de mí. He mirado todo lo que merodea, desde mi propio cuerpo en el espejo, hasta el horizonte que confluye en París, y ¡nada!, todo es un gran vacío que se come los minutos, tejido por aquellas idílicas románticas, en busca de maridos esbeltos, adorando sus bellezas, para habitar el paraíso, buscado en Yonville.

Si soy Emma pero podría ser Ana, si cualquiera de las *Anas* que nacieron después. Y yo aquí, rodeada de cien mil almas muertas, que cruzan los puentes, donde el aire huele a cereales y a pan, y todo el día es un toque eterno de campanas, de llamada a la renuncia.

En entregas soy para el lector, placebo de conciencia y soledad, y de mi Flaubert, su realismo postromántico, que corrige el pasado, ocupando su espacio, con diagramas argumentales de la nada original, que imagino. Casi podría pensar en alimentar esta carencia afectiva, con canapés de sueños, envueltos en chocolate, mirando sin verlos. No me deis ningún banquete espiritual.

Soy la voz de un misógino, educado para saber que es la mentira, y conmigo paseó por los tribunales, con personajes estrellados en otras novelas, destilando cuentos góticos de hadas, de los que nacieron princesas y nunca se educaron para saber que ingredientes tiene esta materia, haciendo de este nuestro continente novelado, una agreste ciudadela, repoblada de la más triste y fría burguesía, asomada al balaustre, de su historia heroica.

Y ahora aparecimos en medio de la epidemia de peste, desorientados en un enjambre de rascacielos y palacios barrocos, con el corazón enamorado y con síntomas platónicos firmes y a la vez tambaleantes, pero visibles. Caigo en rápidos meandros, para una conquista abrupta de indígenas extraños, donde pasajeros o esclavos, viven del elemento que encoló las hojas, de los leídos textos de Madame de Stäel.

Ya veo a los irlandeses celebrar mis velatorios bajo el invierno exterior. Whisky y límites, en sus encendidos oprobios ante las despedidas, con fluorescentes o comedidos sentimientos, velando mi destino, para enumerar el sinfín de mis acalorados ritmos de amor.

Exudo hormonas que no nacen en mí, que fueron romanas y venales, físicas apariencias y ámbitos placenteros, añorando la tersa piel desde el prostíbulo japonés. Pero ahora que llega una carta de Ana desde Oviedo, a la hora de vísperas, hablo sin descubrir mi rostro tras el terciopelo morado, ese que absorbe los pecados y exime de castigos corporales. Los mismos que han arrastrado a la otra Ana al raíl más frío, a no ver mí muerte en vida. Estoy en los otros trayectos de la salud a la distancia, en panaceas para matrimonios de conveniencia y amores principescos.

Llegar a otro siglo no me ayudará a vencer la distancia entre el cuerpo emocional y la cuadrícula de las miradas. Mientras la brújula desorienta a mi autor, muy lejos del norte polar y de los árboles que cobijan mi deseo.

Sin ropa, azorado, en una carencia de abrazos, de pliegues, de relatos obscenos, sin un matrimonio de fórmulas alquímicas, y adoraciones enfermizas, sin guías, ni columnatas que zanjen la riqueza, duermo sobre un libro, desde donde sueño, hace mucho más de treinta años, con un olvidado trasplante de la acción diaria, por los efectos literarios editados.

Tú, con una armadura exterior, con la ósea estructura femenina, que no distingue de batallas, vences las orgias.

Muertes vistas desde el cielo, sin contar con más payasos que yo, ante tus inquisidores. Todos temen las novelas porque son capaces de mentir, acomodando, en el diario de un gran cuaderno dorado, las prohibiciones y las terapias. Ricos y pobres disfrazados, geniales y morosos proutsianos, se convierten en megalómanos mediocres, y cambian su nombres adversos.

El bovarismo como pandemia femenina, se manifiesta en los hombres tras el primer fracaso amoroso, que transferida al trabajo es: ¡soy jefe, ordeno, deniego, mando y presumo! ¡; y hoy: ¡ soy joven, el-ella, visto como.., me parezco a..., salgo con...! No son lo que son, y desfilan sin lecturas.

Baúles llenos de hilos mezclados se quedan al viento del norte para ir al sur, ¡donde se sueña más con lo irreal y la piel se exhibe! Allí deje el infinito a cero, sin derramar una gota de sangre.

Rodolphe me deja un castillo, con almenas para mis héroes sin atributos. Ninguno tiene los índices onomásticos transferidos. Y les dejo bajar solamente a los bailes transparentes del príncipe Fabrizio, tras cualquier sufragio universal, después de impeler a mi derecho de salvación, a mi democrática esperanza, en otra oración, en otra suplica a León, para qué me ceda un galardón, ahora que el viento sopla de este a oeste, en el edén de otros.

EL DEMONIO QUE SUFRÍA

Una historia sin origen conocido pero contada un poco por todas partes, relata que un demonio se encontró con otro, que rodaba por el suelo, gritaba y lloraba, como poseído por un dolor sin igual.

- *¿Cuál es tu mal?- preguntó el primer demonio.*

El otro contestó, entre dos quejidos

- *Tengo un ángel en mí. Y me atormenta*

(El círculo de los mentirosos, Jean-Claude Carrière)

Temo a la historia cuando cuente este viaje, aunque como la curiosidad de un amante, el mar, tiene inmensidad y otras cosas, para contarla. Se hablará del marfil de mis peines, del paspartu de mis cuadros, de mis idilios, en esas cartas de un hombre que a su mujer entrega.

Tus respiraciones me abrazan tras el telón blindado de la razón y el orden, sin mirar a pobres, ni a caídos.

Con opio en las lágrimas, tras el cristal de mi luto, oculta por la nieve, vuelves del baile, para esperar una absolución negra y talar.

¡Ah ciudades altas!, el peligro de mi anónimo amor os haría más frías por fuera y delirantes por dentro, con una vida veloz de insinuaciones, en el espacio tras la puerta.

No me voy a volver loca por la soledad que veo desde lo más alto de este largo día. Perdí la capacidad de leer, de vivir, de ir de un órgano a otro de este cuerpo enfermo y sentenciado.

Alta sociedad, ideas cruzadas, me dicen mis amigos: ¡Virginia, te queremos!, pero sé que voy a decidir mi muerte.

Rodeada mi casa de ese espacio te imagino, ¡mi hija! Berta casada con Gatsby, honesto y rufián, mesurado y dulce, ¡mi amor también! Soy rica, es rico, será rica, vivo con los sueños de su riqueza.

Lón oyó un lobo, y pensó para contármelo en su amigo melancólico, Harry Haller, también taciturno, pero una derrota en su forma humana, le hizo aullar a él también.

Doble de él doble de nada, en la calle de la nada, sin sosiego, en ese París que nos espera, para archivar tras cualquier muro nuestras aventuras, a merced de que un bombardeo dispare las ideas al grito de: ¡no más filosofía escrita!

Tu biología me deja estéril y a merced de los virus suicidas. Borra tu teoría de los libros, ganadero Bouvier.

El jardín de Ana es espinoso e inmune, en el se pueden verter, manipulados, los falsos sexos, los colores de la dignidad y las leyendas. Tiene un rincón de espera, para ver pasar el cadáver de su enemigo, mientras fuera, todo arde.

Los mil hilos de tus marionetas, los mil ideales de los que dispones, mis mil matrimonios, mis mil autómatas, son, sin duda, mi distracción.

No has repartido conmigo tu riqueza. Sin arte, sin votos, sin opinión estoy envenenada en este futuro vacío.

Solo el sexo de otro texto anterior, semeja a mi manejada violencia de entreguerras. Carne y humo, personas convencionales, con obscenidades nuevas, y yo mientras en mis trópicos, cada vez más nihilista.

Allí donde cae el agua sobre el miedo, la señora Blixen y su telúrica casa, alimentan el miedo.

Ahora sé que se deberían haber quemado todos los libros antes de haber nacido yo.

No más mentiras, víctima o verdugo, en libertad están tus decadencias.

Tienes tan cerca tu biblia del poder, para hablar de un mundo invisible, que lo creemos.

Ya sin madres no podemos cobijarnos en aquel cómplice silencio del rosario.

Volveré incorpórea en tu futuro, para odiarte otra vez, Flaubert.

No me esperéis pronto, volveré después de matar, para añadir a mi existencia, algo más de lo que no necesito, como un relleno de las horas del día, de más hechos inútiles.

Otros seres vivos han poblado mis sueños. ¡Un gruñido me despertó!

Esbelta modelo desnuda, que inmóvil posa para una revolución, confeccionada con cenefas de sobornos, y mientras los universitarios fascistas, roban mi conformidad.

Sin conocer los mágicos años de Occidente, esta esclava ignífuga, se va sin conocerte, a Oriente.

Hombres que pensaron arrastrando pesadas cadenas, dejando atrás sus costas, con la burla notoria de la suerte.

Soy otro pez en el territorio neutral de ese guión de las verdes fiestas, de una extensa generación de guerra y cinismo, que en tu escritorio ruso y rojo, diezmo a zares y a amantes.

Grisés y tules en esta estepa sin fronteras, donde lo único que me queda es mi ducado siciliano, rodeado de burdeles y altares, donde mi texto miente, delata y perdura.

Ya estoy en el desván de la verdad, pisando las calcáreas alfombras de mi vida, que no supe defender en aquel curso fluvial del bovarismo, y ahora alimenta con camelias mi tuberculosis.

¡Ah! Se me olvidaba:

¡No soy ningún Quijote con faldas!

-Y te señalo con el dedo- ¡Soy tú!

EL LIBRO Y LA LLAVE

Corto diálogo entre dos sufñis:

- *Venderé **El libro de la verdad** por un centenar de monedas de oro, y algunos hombres dirán: "No es caro".*
- *Y yo –dijo el otro-, daré la llave que permitirá entenderlo y algunos hombres no la querrán, aunque la dé a cambio de nada.*

(El círculo de los mentirosos, Jean-Claude Carrière)

Carlos Lombas Huerta